

La persistencia de dos elementos, el hormigón y la memoria, son hoy el sostén del desaparecido mundo comunista. El escritor **Owen Hatherley** lo recorre en este ensayo con nostalgia y lucidez

Arquitectura comunista: casi todos los tonos del gris

por **JORGE FERRER**

De la mucha nostalgia que produjo el colapso del socialismo soviético, una de las más curiosas es la nostalgia prestada. No hay en ella el asiento de la experiencia en el mundo que latía del lado más sombrío del Muro de Berlín o el recuerdo de un lema coreado en una manifestación de Bucarest o Moscú. La nostalgia prestada, un fenómeno que se da en las nuevas generaciones de los países del Este de Europa, donde los *milennials* heredan la memoria de la infancia de sus padres, se ve también en espacios geográficos y políticos donde no se vivió la realidad de las llamadas «democracias populares».

Y ocurre que a veces produce loables artefactos que indagan en el pasado. Es lo que sucede con este libro de Owen Hatherley (Southampton, 1981), cuyo combustible es precisamente esa nostalgia y un exhaustivo deambular por las ruinas de un mundo sin ideología, pero con edificios. Un libro que se mueve en varios registros y en casi todos con el aliento de una enorme autenticidad.

Paisajes del comunismo, que en la edición original llevaba el subtítulo de *A History Through Buildings*, es a la vez un libro de viajes, un manual y un tratado de arquitectura y urbanismo. También una invitación a tratar a las urbes del Este de Europa

como una caja de herramientas mnemotécnica que sirvan lo mismo para pensar en la manera en que la utopía «marxista-leninista» construyó ciudades en las que acomodar y, a veces, martirizar a sus habitantes, que para enfrentarnos con la gestión del patrimonio de un mundo que un buen día pareció haber dejado de existir, salvo por la tenacidad de dos elementos distintos, pero igualmente amigos de perdurar: el hormigón y la memoria.

Hatherley, que es a un tiempo turista y académico, y a tiempo completo también simpatizante del mundo que narra, sigue un itinerario que no deja nada de lado. Su recorrido cabal comienza por las avenidas, las *Magistrale*, el espacio de las marchas y los desfiles, los de la épica militar convertida en ejercicio civil: la Kreschatik de Kiev, la Karl-Marx-Allee en Berlín o la calle Tverskáiia de Moscú, donde Pushkin te ve marchar a la Plaza Roja. Después, desparrama su prosa por los microdistritos, los complejos de viviendas donde transcurría la vida socialista. Nowa Huta, la perversa extensión de Cracovia, donde se contrapuso la modernidad socialista a la elegancia gótica, o barrios como Poruba, a las afueras de Ostrava, o el distrito Avtozavod, en Nizhni Nóvgorod, diseñado por norteamericanos como si de una extensión de Detroit con sabor soviético se tratara.



OWEN HATHERLEY PAISAJES DEL COMUNISMO

Traducción de Noelia González. Capitán Swing. 704 páginas. 27 euros. Ebook: 11,99 euros.

UN VIAJE POR EL COMUNISMO INTERNACIONAL
Hatherley comienza evocando a sus abuelos comunistas y lo termina pasmado ante el pabellón de la República Bolivariana de Venezuela en la Expo de Shanghái de 2010. En el arco que dibujan esos dos extremos se mueve un libro donde el sesgo es acariciado con mano suave, pero también sometido al esmeril de la crítica. Sobran el prólogo y Caracas. Admira la mirada sobre el pasado del Este

Hatherley, por cierto, escribe este libro desde la periferia del sur de Varsovia, mirando por la ventana lo que teclera con inteligencia y una mirada sobre el proceso de construcción de la ciudad socialista que junta un buen manejo de las fuentes y unas dotes extraordinarias para la observación y la recuperación de la experiencia. Los condensadores sociales, espacios donde se fabricaba al *hombre nuevo* rodeado de una nueva sociabilidad –clubes, comedores colectivos, centros de ocio– son otro espacio crucial. Hatherley tampoco se olvida de los rascacielos o los memoriales, como no deja de lado la reconstrucción de las ciudades históricas que arquitectos y burócratas emprendieron tras el paso de la Segunda Guerra Mundial o en el Berlín reunificado y el resto de espacios urbanos poscomunistas, aplicando estrategias que recuerdan el *ad hoc*-ismo postmodernista.

Un lugar especial del libro, una suerte de opúsculo dentro de la obra, es la sección dedicada a los sistemas de transporte público y a su estandarte más célebre. «Cuando me dispuse por fin a escribir este libro», anota Hatherley, «sabía que habría un capítulo en concreto por el que me acusarían de hacer apología». Es este, donde el metro de Moscú es recorrido en sus salones y en la prosa con la pasión del turista y el candor del fanático.

Por ambiciosa que fuera la utopía, el nivel de la vida cotidiana necesitaba un *topos*, un lugar donde amar, comer y soñar con el huidizo porvenir. Avenidas, monumentos y casas de cultura servían para que el hombre del socialismo, también él, un solitario que se sabía indomable ante el poder del Estado, encontrara la alegría de la convivencia y la participación, esas palancas del entusiasmo. Hatherley, con su nostalgia prestada y un rigor cartográfico, ha hecho un favor impagable a la memoria de aquel mundo con tonos de gris habitado antaño por los soldaditos de la ilusión. **L**